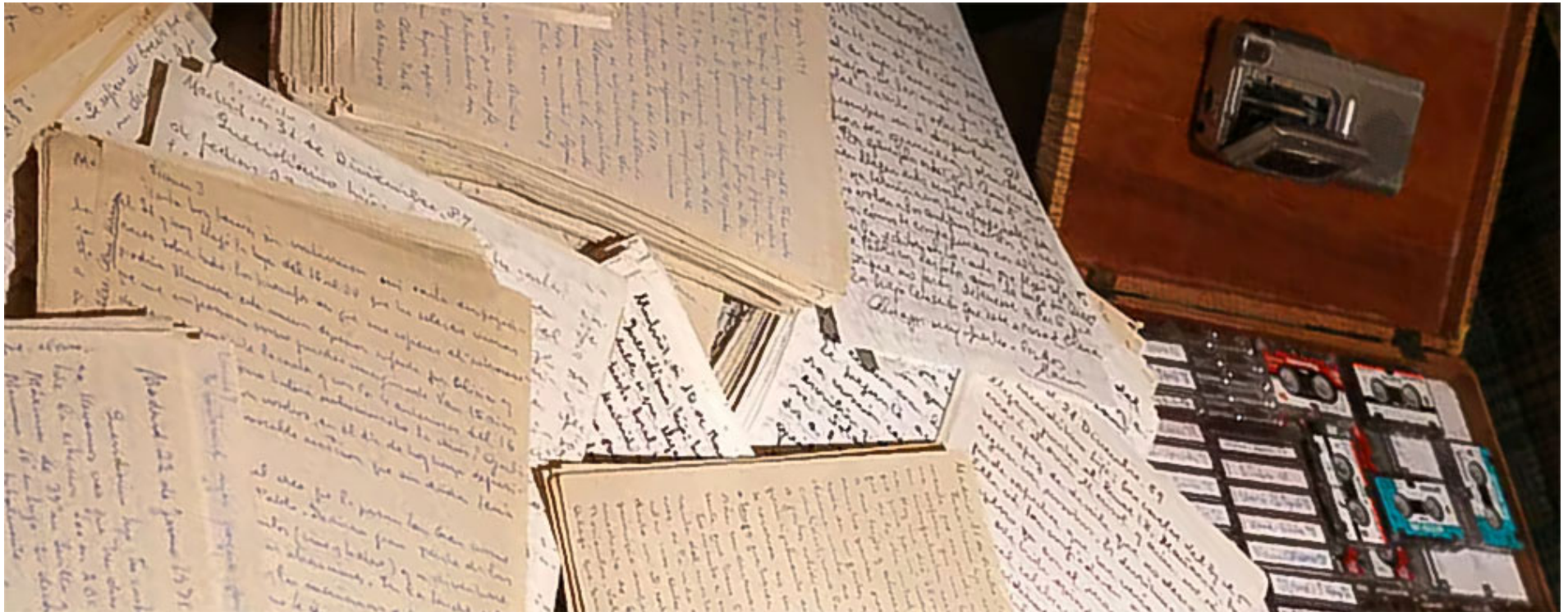




fundación
Ramón y Katia Acín

Exposición *El cuerpo errante*. Exilio español 1939—1975



Desde el pasado miércoles 17 de diciembre y hasta el sábado 14 de febrero el próximo 2026 se puede visitar la magnífica exposición *El cuerpo errante. Exilio español 1939—1975*, comisariada por Jorge Moreno Andrés y Julián López García y realizada dentro del proyecto “Mapas de la Memoria” de la UNED en colaboración con la Secretaría de Estado de la Memoria Democrática. El lugar es la Casa América, ubicada en el palacio de Liria, en la madrileña plaza Cibeles, aunque el acceso a las salas se realiza por la calle Marqués del Duero número 2. La exposición, además de gratuita, es muy recomendable. Aquí podréis leer acerca de los contenidos.

El cuerpo errante. Exilio español 1939-1975

La exposición *El cuerpo errante. Exilio español 1939-1975* explora los caminos de la memoria atravesada por el exilio de republicanos españoles: objetos, imágenes, y documentos que conservan en sus formas y desgastes el esfuerzo por mantener vivo un mundo afectivo e ideológico condenado al destierro.

Realizada por el proyecto 'Mapas de Memoria' de la UNED, en colaboración con la Secretaría de Estado de Memoria Democrática, la muestra podrá visitarse del 17 de diciembre de 2025 al 14 de febrero de 2026 en Casa de América.

El recorrido se articula en seis espacios con propuestas expositivas distintas. La primera sala juega con la idea del camuflaje: documentos que entraron o salieron de España disfrazados de otra cosa revelan, en su reverso, las claves que permitieron su circulación. A continuación, un pasillo formado por más de 1500 cartas suspendidas recrea la correspondencia entre una madre y su hijo exiliado, que con los años evoluciona hacia grabaciones en casete enviadas para mantener viva la conversación.

Una tienda de souvenirs invita a mirar la “cara B” de las imágenes turísticas de España en los sesenta y setenta, contraponiendo su relato idealizado con audiovisuales sobre el destierro, el encuentro con las comunidades exiliadas y los regresos difíciles. La siguiente sala, aparentemente vacía, guarda pequeños armarios que contienen objetos escondidos durante el franquismo: fotografías cosidas, cartas escritas en sábanas o medallas ocultas, fragmentos que preservaron recuerdos que no podían mostrarse.

Un espacio sonoro reúne seis voces de mujeres cuyas historias sostienen buena parte de la memoria del exilio, subrayando su papel esencial en la transmisión de recuerdos. La exposición culmina en un desván, metáfora del lugar donde el exiliado conserva todo lo que lo acompaña: lo traído de España y lo adquirido en la tierra de acogida. Un territorio simbólico hecho de objetos, olores y texturas que revela no solo una identidad, sino una forma particular de habitar el mundo.

Esta exposición es fruto de una investigación de Jorge Moreno Andrés y Julián López García, comisarios de la muestra, dentro del proyecto 'Mapas de Memoria' de la UNED.□

Fecha y hora:

Del 17 de diciembre de 2025 al 14 de febrero de 2026.

Lunes a viernes de 11.00 a 19.30. Sábados de 11.00 a 15.00. Domingos y festivos, cerrado.

Entrada libre hasta completar aforo.

Galería Casa de América-ABANCA | Salas Torres García y Frida Kahlo. Acceso por C/ Marqués del Duero, 2.



“¿No me conoce, verdad? Soy su hijo”

La exposición ‘El cuerpo errante’ plantea un viaje íntimo al exilio republicano: de las 1.500 cartas que una madre envió a México durante toda su vida a los difíciles reencuentros a la muerte de Franco



Algunas de las 1.500 cartas y cintas de audio que María Fernández Grandizo envió a su hijo Manuel, exiliado en México, durante toda su vida. Foto Jaime Villanueva

Natalia Junquera. El País. Madrid. 15 DIC 2025

María Fernández Grandizo se quedó huérfana y viuda en apenas tres meses de 1936. En agosto mataron a su padre, y en noviembre, a su marido, ambos republicanos. En 1952 fue detenida con sus dos hijos, gemelos, Emilio y Manuel, por acoger en su casa a otro pariente que trataba de organizar un movimiento antifranquista. María estuvo casi dos años presa. Manuel cruzó a Francia escondido en el maletero de un coche y finalmente, se exilió en México. Emilio fue exonerado. Para tratar de mantener unidos los restos de aquella familia destruida que amanecía en dos continentes distintos, María escribió a Manuel 1.500 cartas. Una cortina de un millón de palabras que los visitantes de la exposición *El cuerpo errante*, en Casa América (Madrid) podrán atravesar hasta el próximo 14 de febrero para sumergirse en una dimensión menos conocida del exilio: la cotidiana y sentimental, la de hombres y mujeres sin apellidos célebres, pero con heridas comunes. “Mucha gente”, explica el antropólogo Jorge Moreno, comisario, junto a Julián López, de la exhibición, “se está perdiendo la historia de España que está en las casas, en los desvanes, en los salones... El exilio se ha contado a menudo desde el punto de vista de personalidades importantes. Nosotros queríamos hacerlo desde las pequeñas cosas hasta tejer una geografía emocional de afectos, deseos, frustraciones y esperanzas”.



El objetivo es que el visitante se ponga en la piel de los que tuvieron que huir y en la de los que se quedaron. Por eso la muestra invita a participar: atravesando las cartas de María que cuelgan del techo; abriendo un armario; descubriendo que una postal aparentemente turística escondía un mensaje trascendental - “Estoy vivo” - y una carátula de canciones populares suecas, un disco de temas de la resistencia grabados en el baño de una casa.



Julián López García y Jorge Moreno, comisarios de la exposición 'El cuerpo errante. Exilio español 1939-1975', junto a una de las cartas expuestas en la muestra y la escultura de un médico republicano de Almadén que los franquistas tirotearon al no encontrarlo en casa. Foto **Jaime Villanueva**

En esas 1.500 cartas, María le cuenta a su hijo su día a día, muy distinto al de antes de la guerra - “He hallado una manera de vivir en la mecanización de los movimientos repetidos casi cronométricamente...”-; procura establecer un vínculo con los nietos que crecen a 9.000 kilómetros de sus ojos - “También yo, como vosotros, no sé por qué, esperaba que fuese niño...”- y trata de que los hermanos idénticos sepan de sus vidas tan diferentes - “Emilio llevó la caja de vuestra abuela, como hubieras hecho tú si estuvieras aquí...”-; “Vio una corbata. Torcía la vista el precio...”-.

Son cartas deliciosamente escritas -María era doctora en Farmacia y fue la primera científica de su pueblo, Llerena (Badajoz)-; a veces, amargas -“En cuanto a la adquisición del proyector, me pregunto si me hará más sufrir que gozar ver a los niños”; “Quería imbuirte la rebeldía contra el Régimen de España y que os hicierais conscientes de que nuestra dignidad dependía de vuestra actitud”-; otras, agridulces -“Querido hijo: llamándome ‘madre’ me has dado



una gran alegría. Te doy las gracias con todo mi corazón. Ahora solo falta que te vayas acostumbrando a suprimir el usted...”-; pero siempre puntuales: una a la semana durante casi cuatro décadas. El relato de María, que pasa a ser en rotulador cuando empieza a tener problemas de vista y luego en cintas de audio, cuando ya no puede escribir, incluye también una crónica íntima de la transición a la democracia y sus sustos. “Queridísimo hijo: ¡Al fin se fue!”, escribe el 20 de noviembre de 1975, día de la muerte del dictador. “Estoy muy desconcertada con el panorama político. No esperaba que tantos votos se los llevara la UCD. La gente quiere tranquilidad y olvida demasiado pronto”, comenta tras las primeras elecciones democráticas. “El locutor dijo: ‘En este momento irrumpen en el salón de sesiones guardias civiles armados’. Me quedé petrificada...”, anota el 23 de febrero de 1981.

En ese intercambio epistolar figura también la carta del cura que dio la extrema unción al marido de María antes de ser ejecutado y que relata, años después, en 1980, cómo sucedieron los hechos para que ella pueda acceder a una pensión de viudedad: “Subí con él a la plataforma de un camión. Llegamos al triste lugar, puerta del cementerio de la carretera de Sevilla. Testigos solo cuatro hombres: dos agentes, el chófer y un servidor. Muy sereno, recordó últimamente a los suyos tan queridos, me tiró del brazo, pues iba a su derecha, totalmente junto a él, y de un solo disparo en las sienes cayó a tierra (...) Ya puede usted imaginarse, aunque le sea muy difícil ante esto, al parecer, tan fríamente descrito, los momentos que pasé y la tortura que he tenido que hacerme ahora al describirlo”.

La exposición habla también de las llamadas “cartas muertas”, misivas que nunca llegaron a su destino, como las de Nemesio García, de Benamira (Soria), que aparecieron 40 años después en una saca de correos olvidada. Las comunicaciones entre el país de huida y el de acogida, entre exiliados y padres, esposos e hijos, debía superar, además, otra complicación añadida: la censura, cuyo sello aparece aún estampado en los sobres violados por las autoridades franquistas. El antropólogo Julián López explica que el Régimen creó una estructura con personal que hablaba distintos idiomas y recibió instrucciones precisas sobre cómo detectar a “los desafectos al régimen” al examinar toda la correspondencia que tenía como origen o destino el extranjero. “En los años cuarenta, según un estudio, solo en Alicante se abrían diariamente 800 cartas”.

Pero había trucos para engañar al Régimen y proteger tanto al emisario como al receptor. Así, Marino Saiz recibe en julio de 1939 una carta dirigida a “Marina” en la que le dicen que “Eladia y Silveria están de vacaciones” y que su exnovio Robles y otros amigos suyos han participado en una de las “peregrinaciones” que ahora hay en el pueblo, Almodóvar del Campo (Ciudad Real). “Eladia” y “Silveria” eran, en realidad, sus hermanos Eladio y Silverio, y “de vacaciones” significaba que habían sido encarcelados. Sus compañeros del Frente Popular Vicente Robles, Óscar Correal y Juan Ruiz tampoco habían peregrinado a ningún sitio, el verbo era una forma críptica para comunicar que habían sido fusilados.



María Fernández Grandizo, con uno de sus hijos.





Réplica de la escultura del doctor José Luis Rodríguez López de Aro que fue 'fusilada' en Almadén.
Cedida por Jorge Moreno

Una escultura fusilada

Las nuevas vidas de los exiliados en otro país comenzaban a menudo con la noticia de las muertes en España de los que no habían logrado huir. Cuando los franquistas fueron a detener a José Luis Rodríguez López de Haro, médico y militante republicano de Almadén (Ciudad Real), ya estaba en República Dominicana, así que encarcelaron a su hija y, de la rabia, tirotearon el busto del doctor que desde 1935 presidía la entrada al hospital minero de la localidad. La escultura, acribillada a tiros, fue a parar a casa de una vecina que la escondió durante años en un cuarto de escobas hasta que se la hizo llegar a la familia a Santo Domingo. En Casa América podrá verse una réplica del busto agujereado elaborado por el artista Fernando Sánchez Castillo. El autor original, Julián Lozano Serrano, acabó en un campo de concentración al término de la Guerra Civil. Su obra, restaurada, fue reubicada en 2019 en el antiguo hospital para mineros, que hoy es un museo.

Reencuentros con los muertos y los supervivientes

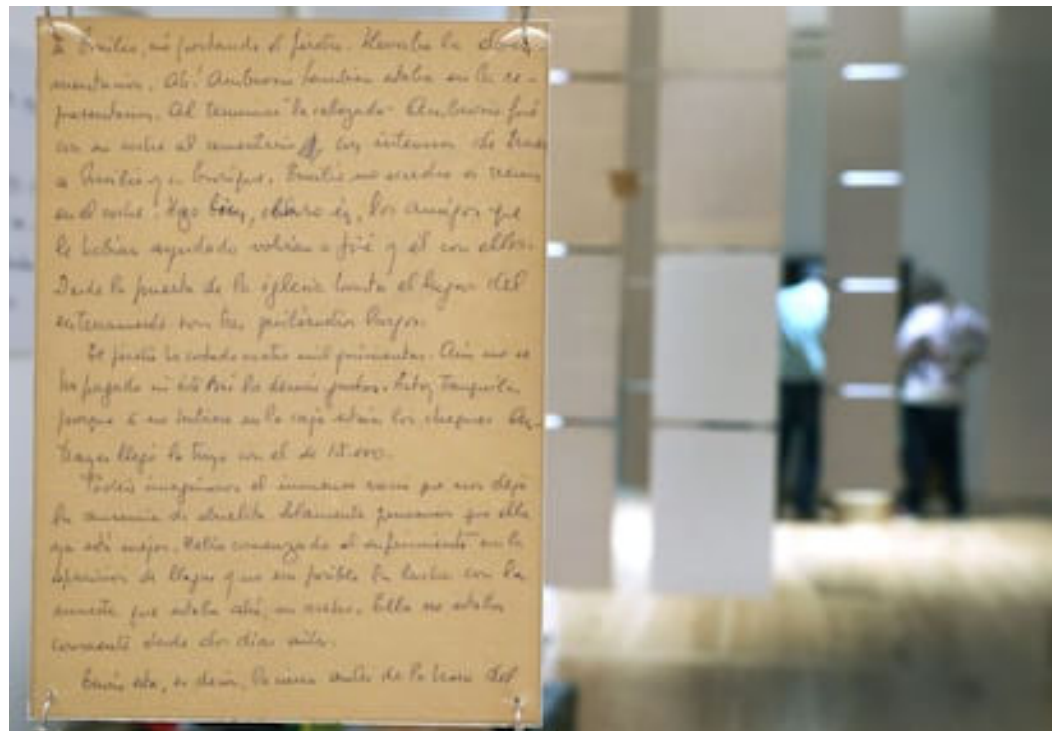
Una de las salas de la exposición se detiene en los reencuentros de los exiliados con los muertos y los supervivientes; el difícil regreso a familias partidas en dos. Felisa cuenta ante el antropólogo Jorge Moreno cómo su hermano, Emiliano, natural de Almadén (Ciudad Real) se plantó un día en Niza para buscar a un hombre al que no conocía, su propio padre. “¿Lo ha visto? ¿Me han dicho que viene a comer por aquí”, preguntó en un bar al camarero mostrando un retrato hecho en un país y una vida distintos y con el francés que había aprendido solo por si algún día tenía la oportunidad de hacer esa pregunta. “Es aquel de allí”, le respondieron. “Mi hermano”, relata Felisa, “tenía 19 años y al verlo, se desmayó”. Cuando se espabiló, tenía a su alrededor un grupo de hombres. “Usted no me conoce, ¿verdad?”, le preguntó a uno de ellos. “Mi padre”, prosigue Felisa, “no lo conocía porque lo había dejado con dos añitos. ‘Soy su hijo’, le dijo. Y mi padre, que era un hombre duro de campo empezó a llorar y a llorar. ‘Soy su hijo Emiliano y tiene otro hijo que se llama como usted, Justiniano, que ahora tiene 16 años y se ha quedado en Barcelona. ‘¿Y mi Felisa?’. ‘Felisa está en el pueblo’, le contestó. Yo era su ojito derecho”.

Muerto Franco, algunos exiliados regresaron a casa para recuperar de las fosas comunes a sus muertos, arañando la tierra con sus propias manos. Las llamadas exhumaciones tempranas tuvieron lugar entre finales de los setenta y principios de los ochenta, fundamentalmente en Extremadura, Navarra y La Rioja. Lucio Caballero, refugiado en México desde 1946, volvió a Villanueva de la Serena para unirse al grupo que familias que buscaba a los enterrados sin nombre. Los franquistas habían asesinado a su padre, su madre y su hermano. La exposición muestra el vídeo, restaurado por la Filmoteca de Extremadura, de una de aquellas exhumaciones: vecinos de Montijo buscan en la tierra, cuatro décadas después, algún objeto que sirva para identificar a su ser querido. Sobre un mantel se colocan las alianzas de boda, monedas, medallitas, lápices, hebillas de cinturón... En una caja de cartón quedan amontonadas las suelas de los zapatos de las víctimas.



María Fernández Grandizo viajó varias veces a México para reunirse con Manuel, que la animaba a quedarse y disfrutar de sus nietos, pero cuando estaba allí se preocupaba por su otro hijo, Emilio, al que veía más desvalido, así que siempre regresaba a España. A la vuelta, lo explica en una de esas cartas, que recita en la exposición su nieta Alicia: “Querido hijo: México, México, México... el lugar que has preferido antes que la tierra en que naciste. No, no sigas imaginando planes. Deja ya de alimentar la idea de verme algún día allí. No es posible. Todo lo que has hallado en México es solamente tuyo. Tu madre es incapaz de participar en ello. Lo vio con sus propios ojos. Lo sintió en lo más profundo de su corazón, mi corazón desgano. Pronto estará aquí otra vez la nochebuena, y el día del año nuevo. Yo no siento ninguna emoción religiosa por todo esto, pero sí siento la emoción mía, la de mis recuerdos de otra vida en las que os tenía conmigo, y a papá y a abuelito. La palabra alegría no existe ya en mí. Me pesa no ser capaz de fingir. Dentro de cinco días, cuando leas esta carta, este desgano mío habrá pasado. Qué indecible amargura es esa imposibilidad de comunicación inmediata. Tu pobre madre, tu triste madre”.

María Fernández Grandizo murió en 2003, con 101 años. Sus restos reposan junto a los de su marido fusilado.□



En la página siguiente, Lina Arconada –y otros personajes –en la exposición sobre el exilio republicano en *La Arquería* de los Nuevos Ministerios (Madrid, 2019)



De los mítines anarquistas a servir en el restaurante favorito de los nazis en París

Entre las 300 piezas de la muestra hay 22 retratos y testimonios de exiliados y sus descendientes realizados por el artista Pierre Gonnord

Natalia Junquera. El País. 05 diciembre 2019



Lina Arconada, hija del exilio español, en su casa francesa, junto a una silla vacía, la que ocupaba su marido Salvador, ya fallecido. **PIERRE GONNORD**



Hablan en un francés perfecto y un castellano vacilante. La primera lengua la aprendieron por obligación, para integrarse en el país en el que vivían, y la segunda, por cariño, para no olvidar las raíces de sus padres. Entre las 300 piezas de la exposición sobre el exilio republicano que acoge hasta el próximo 31 de enero La Arquería de Nuevos Ministerios (Madrid), hay 22 retratos y testimonios de exiliados y sus descendientes realizados por el artista Pierre Gonnord para representar al medio millón de españoles que tuvieron que abandonarlo todo para huir de Franco. "Nosotros perdimos mucho, pero otros países ganaron demasiado con ellos", explica la comisaria Carmen Fernández Ortiz. Esta es la experiencia de "los últimos héroes de España", como los definió este miércoles el ministro José Luis Ábalos al inaugurar la muestra junto al titular de Cultura, José Guirao, y la de Justicia, coordinadora del proyecto. La exposición pretende, en palabras de Dolores Delgado, "sacar de la fosa de la desmemoria" el relato de los expatriados.



Lina Arconada, camarera en el restaurante de los nazis

De España, Lina Arconada, de 93 años, recuerda acudir de pequeña con su madre, militante de la CNT, a los mítines del anarquista Durruti. Huyó a Francia con su familia al ganar Franco la Guerra Civil y ya no volvió hasta 1983, para encontrarse con una prima. "Seguramente ahora estén todos muertos. Es posible que tenga familia cerca de Valencia, de donde era mi madre, o en Valladolid, de donde era mi padre. No lo sé. El tiempo, la historia, separó a los seres queridos". Gonnord la retrató en su casa francesa junto a una silla vacía, la de su marido, Salvador, también fallecido.

Su padre fue enviado al campo de concentración de Argeles y ella, su hermana de cinco años y su madre, embarazada de ocho meses, a un pequeño pueblo llamado Marcillac-la Croisille. Como tantos niños del exilio, tuvo que hacerse adulta antes de tiempo, aprender otro idioma, trabajar en lo que hubiera. Primero fue limpiando casas, cuidando niños. Y finalmente, en el París ocupado por los alemanes, de camarera en un restaurante de postín al que se sentaba a comer cada día "la plana mayor" de los nazis. En medio del horror de su segunda guerra, encontró en el teatro el amor -allí conoció a Salvador- y una vocación. Porque junto a la imagen del restaurante en el que tuvo que servir comida a nazis, la exposición muestra un bellissimo retrato suyo en blanco y negro correspondiente a la época en la que participaba en obras de teatro en castellano y catalán con otros exiliados. "Yo quería ser actriz". □



Ángel Gallego Olivares, una muda y una maleta para inaugurar la libertad

En mayo de 1945, el pelotón liderado por el sargento estadounidense Albert J. Kosiek llega al campo de concentración de Mauthausen. Los presos se vuelven “locos de alegría” al verles. Son esqueletos andantes. Muchos de ellos están desnudos. Junto a la libertad, los americanos les entregan una maleta con una muda dentro. Véronique Salau Olivares ha llevado la que recibió su padre, Ángel, a la exposición sobre el exilio. “Era, en realidad, una maleta de transmisiones a la que habían quitado los cables para meter dentro una camisa, una chaqueta y un pantalón. Guardo una foto de mi padre con dos amigos suyos saliendo del campo. Los tres vestidos igual, con la maleta en la mano”. Uno de ellos murió poco después. “Mi padre llegó de los primeros a Mauthausen, en 1940, y logró sobrevivir porque era muy joven. Cuando estalló la Guerra Civil tenía solo 15 años”. □



Véronique Saula Olivares. **PIERRE GONNORD**



Maleta que los soldados americanos entregaron a Ángel Gallego Olivares con una muda de ropa cuando lo liberaron del campo de concentración de



Aurora Tejerina: Enterramos a mi padre en el sótano de casa

Laurentino Tejerina Marcos era leonés y anarquista. No se resignó tras la victoria franquista y pasó a la resistencia clandestina. Durante años vivió en el monte. Luego, escondido en el sótano de su casa. “Allí murió, en 1942, de desesperación”, relata su hija Aurora Tejerina en la exposición. Le enterraron allí mismo, hasta que tres años más tarde, en 1945, detuvieron a su hijo, que confesó lo ocurrido bajo tortura. “Los policías obligaron a desenterrar el cuerpo, pero el párroco se negó a enterrarlo en el cementerio por hereje así que terminó en una sacristía semiderruida”, recuerda. Su madre había salido en 1939 desde Asturias en el último barco con exiliados rumbo a Francia. “No nos abandonó, pero tuvo que huir. Nos quedamos los cuatro hermanos en casa de nuestros tíos. Yo fui a Francia en 1950, con 22 años, y ahí nos reencontramos. Unas vidas destrozadas”.

A sus 91 años aún recuerda cómo los padres le decían a sus hijas: “¡No juegues con Aurora que es roja, mora y judía!”. Pese al dolor, nunca renunció a sus ideales, que transmitió a su propia familia, como explica su hija, Rosina Arroyo Tejerina. “Ella me entregó todos sus ideales. Hablaba siempre de mi abuelo, del que estaba muy orgullosa, y hasta el año pasado, que enfermó, hemos ido juntas a muchísimas manifestaciones. Soy feminista, como ella, y se lo he transmitido a mi hijo y ahora a mi nieto”. Rosina, de 72 años, lamenta que en España no todos conozcan ejemplos como el de su abuelo porque sus familias callaron por miedo. □



Aurora Tejerina. **PIERRE GONNORD**



Jesús Pino, esperando la muerte del *verdugo para volver*

“Mi padre no me hablaba de la guerra, pero seguía militando en la CNT, por casa venían muchos exiliados y yo oía cosas que fui entendiendo con los años”, recuerda Ramón Pino, que ahora tiene 72. Por ejemplo, hablaban mucho de Franco, pero nunca le llamaban por su nombre. “Le decían ‘el verdugo’ o ‘el asesino’”. Fue oyendo a otros cómo Ramón se enteró de que su padre había resultado herido en la batalla del Ebro luchado contra Franco. Tras huir a Francia, Jesús Pino fue recluido en un campo de concentración del que lo *rescataron* para enviarlo a un campo de trabajo donde ayudó a construir una presa. Al salir conoció a su mujer, otra exiliada española hija de militantes de la CNT. Su idea era volver a España, hasta que vieron que “el verdugo” iba a aguantar más de lo que pensaban en un principio. “Cuando se dieron cuenta de que iba para largo, pidieron la nacionalidad francesa, y una vez que la tuvieron, viajamos a España para que yo conociera a mi abuela. Era 1956 y me sorprendió muchísimo la pobreza. Recuerdo que iba por la calle comiendo un bocadillo en Barcelona y un niño me pidió un poco de pan. Eso no me había pasado nunca en Francia”, relata Ramón. “Mi abuelo nunca volvió. Decía que solo regresaría cuando muriera Franco, pero él falleció dos años antes que el dictador. Yo estoy jubilado pero sigo militando en la Federación Anarquista Francesa. El espíritu libertario nos viene de familia”. □



Ramón Pino. **PIERRE GONNORD**



Y no olvides esta exposición

El cuerpo errante. Exilio español 1939—1975

Fechas y horas:

Madrid del 17 de diciembre de 2025 al 14 de febrero de 2026.

Galería Casa de América-ABANCA | Salas Torres García y Frida Kahlo. Acceso por C/ Marqués del Duero, 2.

Lunes a viernes de 11.00 a 19.30. Sábados de 11.00 a 15.00. Domingos y festivos, cerrado.

Entrada libre hasta completar aforo.

